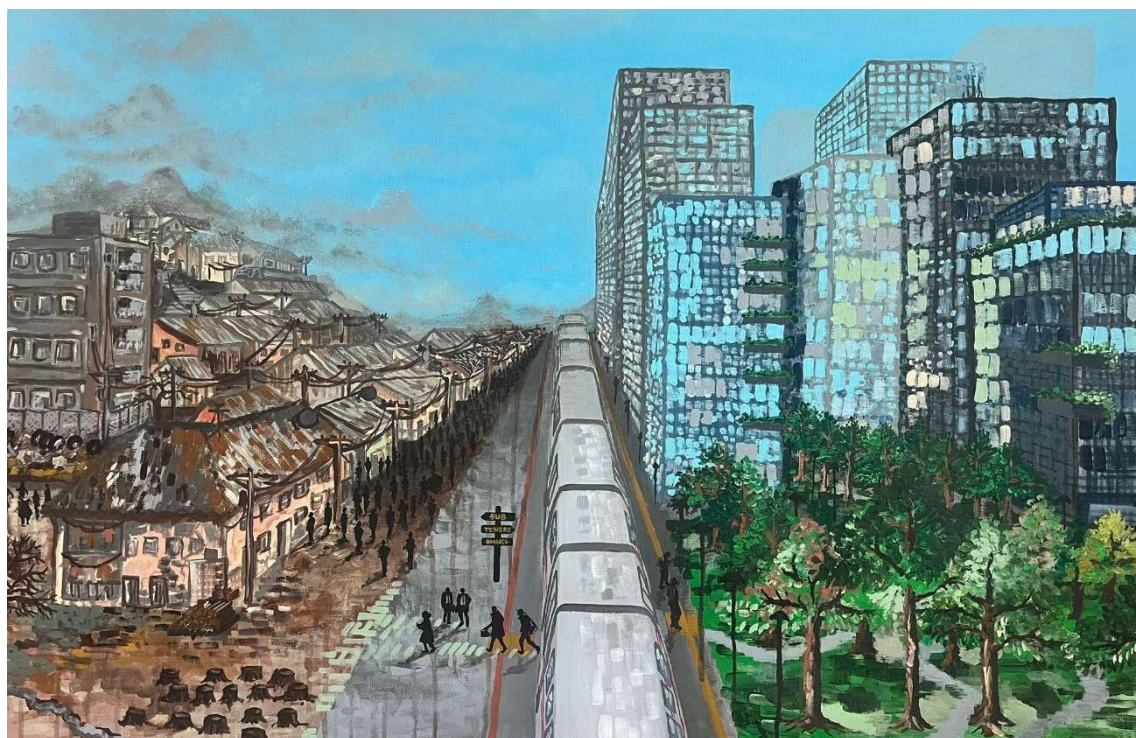


Fallo del **II CONCURSO DE ARTE CON IMPACTO / CATEGORÍA ARTES PLÁSTICAS**

Primer premio:

Título del trabajo: Una esperanza ¡Que nos sostengamos todos!

Autor: Alejandro Alfonso Cardoze Boza (Alumno 2.º Bachillerato en Teología)



Segundo premio:

Título del trabajo: Ciudades paralelas

Autora: Laura Dávila García (Alumna 1º de Criminología y Trabajo Social)



Fallo del II CONCURSO DE ARTE CON IMPACTO / CATEGORÍA FOTOGRÁFICA

Primer premio:

Título del trabajo: Viaje a ninguna parte

Autor: José Ríos Díaz (PDI EUEF)



Segundo premio:

Título del trabajo: “Sacrificio” de la serie completa Madrid IN-sostenible

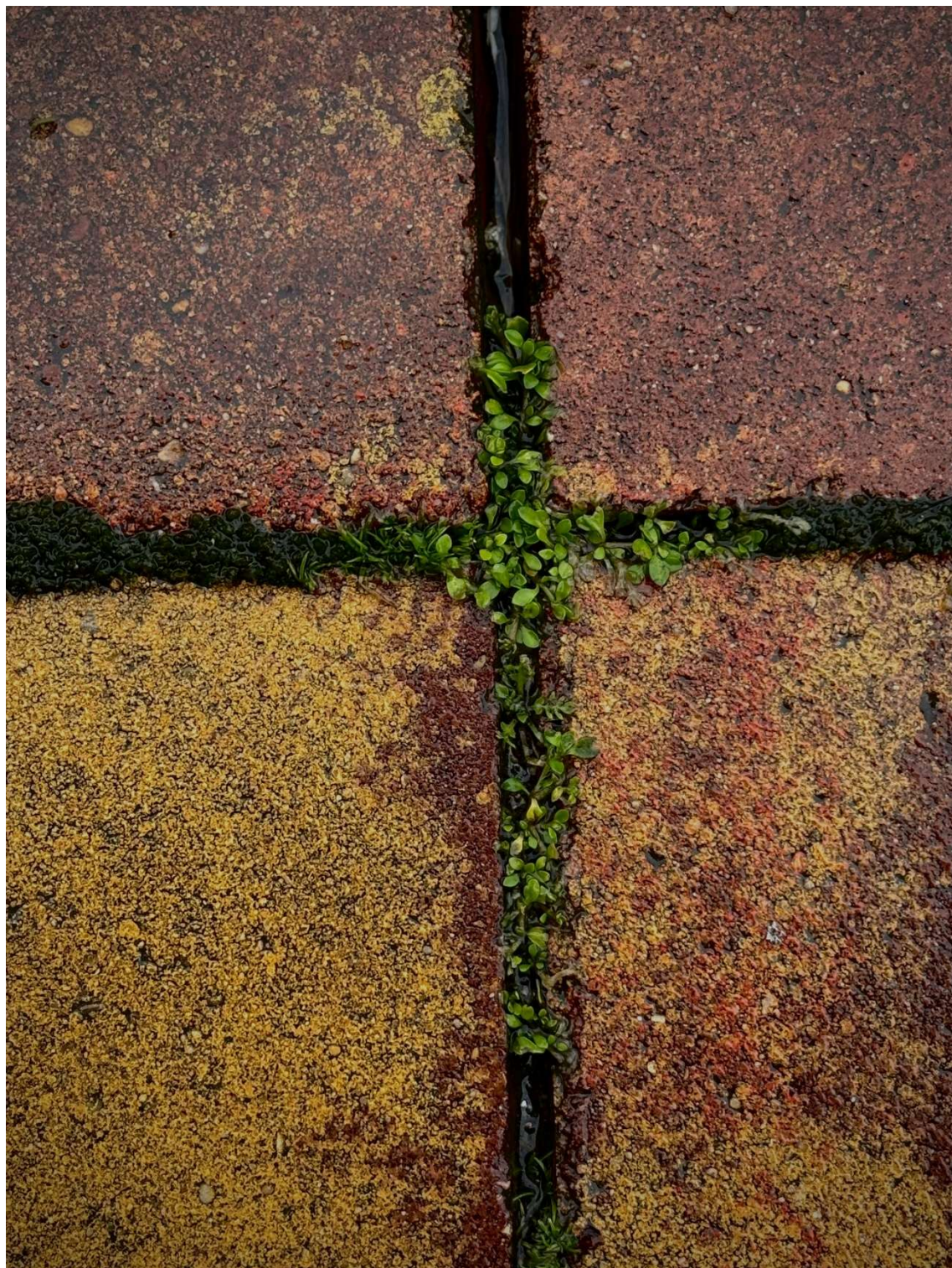
Autora: Elisa María Mora Fernández (Alumna de 3º de Psicología)



Mención de honor:

Título del trabajo: Donde la vida insiste

Autor: Mónica Isabel Mon Jaén (2.º Grado en Teología -TUP-)



Fallo del II CONCURSO DE ARTE CON IMPACTO / CATEGORÍA LITERARIA

Primer premio:

Título del trabajo: Kibera, Kenia (poesía)

Autor: Agustín Ostos Robina (Alumni)

KIBERA, KENIA

Hijo del Viento

Allí donde aguas fecales riegan lomas,
donde los destellos son una jungla de uralita,
abrazados por una compacta nube de miseria
y con el gélido aliento de la muerte en la nuca,
un millón de almas respira azufre,
camina por campos de plástico viejo
y duerme sobre colchones de desdicha.

El *slum* amanece envuelto en legañas,
desperezándose con el chirrido de las chabolas de latón.
Su cielo roto se estremece, confuso,
asfixiando el azul al acoger en su regazo
el humo tóxico de las basuras calcinadas.

Arropada por el aire sucio,
con aliento enrarecido y callejones de carmín,
despierta Kibera majestuosa
como una pobre princesa que aún conserva dignidad.
Con la mirada de quien se entrega a su destino,
llanto de frío amor y párpados cansados,
se pregunta por qué allí el hambre es más hambre,
las noches son más noches
y nadie levanta sus castillos.

Poco a poco, las calles se decoran
con cubos apilados de carbón,
tiznando el suelo de oro negro.
Sentados en las puertas de sus casas,
llenan los vecinos sus pulmones
con bocanadas de plomo gris
mientras mujeres de tez curtida
venden flores de esperanza.

Como una ballena henchida en la playa,
late Kibera en agonía,
lanzando al abismo suspiros de hollín.
Por doquier, besan moscas la carne

de los mercados clandestinos
y una niña se lava sus piernecitas
en un pútrido charco de tierra roja.

El ruido de Nairobi llega distorsionado
a las estrechas calles del *slum*, confundiéndose
con gritos que naufragan en su océano
mientras las madres seropositivas rezuman en silencio
por no poder dar el pecho a sus recién nacidos.

Quieren salir – es cierto – de este oasis remordido,
desertar de sus penas cultivadas
y fraguar la paz con su futuro.
(Pero no pueden).

Al atardecer, mil cohortes de enanitos negros invaden el *slum*
y Kibera se desboca, loca por no poder hablar.
Escondiendo sus caras contra la pared,
tributarios de sí mismos
e ignaros de vergüenza,
erran libres por ese mundo
regalando el tesoro de sus sonrisas de marfil.
Como una anguila sigilosa,
coronan las vías del tren una cruel colina
empedrada de sueños y deseos
y, desde arriba, se ve cómo una laguna de metal
engulle los días, los ánimos, de cada mártir.

Cae el ocaso.
Y con él la luz.
La barraca se ilumina con hogueras
cuyas lenguas ígneas se mecen en la sombra.
¡Pero no sus fuegos ni los del Sol hirientes!
¡No sus ratoneras laberintos de minotauro ebrio!
¡No del viento la apatía! ¡No del hado su secreto!
No. Lo doloroso es pensar nacer ahí.

¡KIBERA!
¡A ti la vida! ¡A ti la muerte!
A ti el día y a ti la noche.
A ti el amor y a ti el odio.
A ti el perdón y a ti el exilio.
A ti el ayer. A ti el hoy. A ti el mañana.

Nunca sospeché que un infierno encerrase belleza
ni que la bondad más honda se encontrase aquí.
La vida no siempre es maravillosa,
poco cambia y todo sigue;

por eso, cada niño, antes de dormirse,
observa taciturno debajo de las sábanas
cómo un pequeño tornado, lentamente en círculos,
baila sobre la agrietada palma de su mano.

Segundo premio:

Título del trabajo: El invasor (microrrelato)

Autora: Marta Fontaneda Blanca (Alumna de 2º curso del doble grado en Derecho y Relaciones Internacionales)

EL INVASOR***Lía Deer***

Un brote verde emergió del suelo de madera de la casa del señor Karl. Cuando descubrió a su pequeño intruso, intentó arrancar el tallo para tirarlo. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, la planta no se movió.

Decidió llamar a su vecino Adam, pues pensó que juntos serían capaces de deshacerse de su huésped indeseado. Empezaron a tirar de la ramita entre los dos, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. El sentimiento en Karl comenzó como una pequeña molestia, pero evolucionó a un desagrado mucho más marcado.

Aquella pequeña planta no les ganaría. Esa casa era suya, no del brote irritante. Decidieron avisar al grupo de jóvenes que construía un edificio en la calle de al lado. Los chicos se unieron en esa lucha contra el germen, de nuevo sin éxito. La furia de Karl crecía exponencialmente, debía impedir que se apoderase de su casa.

Karl pasó años batallando contra su inesperado invasor verde. Los demás vecinos de la ciudad se vieron obligados a combatir a otros usurpadores naturales. Pero la resistencia de aquella vegetación ganó la batalla, convirtiendo la ciudad en un florido jardín.

Lo que nunca entendió Karl fue que, tal vez, el invasor era él mismo.

Mención de honor:

Título del trabajo: Desde lo alto (microrrelato)

Autor: Juan Manuel Daganzo Nieto (PAS)

DESDE LO ALTO***Tocata y fuga***

Vive allí, en lo alto, desde hace varios meses. Es lo más elevado de la ciudad que le vio crecer. Se quedó a pesar de que la mayoría huyó tras la gran epidemia. Demasiados muertos sin explicación aparente, demasiados recuerdos como para escapar. Subsiste con lo que cultiva, algún tubérculo, fruta, huevos que le proporcionan dos gallinas. Vitaminas, proteínas, hidratos. Desde aquella atalaya contempla la Cordillera Norte y tiene una vista privilegiada del resto de habitantes que, como él, sobreviven aislados alimentándose de lo que obtienen de sus huertos, repartidos en los pocos metros cuadrados de sus azoteas. Pero ya todo escasea. Ahora contempla, desde su edificio, la actividad de los supervivientes, haciendo surcos, valorando la madurez de lo que asoma tímidamente de la tierra. Lleva días preguntándose si sobrevivir tiene sentido. En las calles, ahí abajo, la naturaleza lo ha invadido todo, lo que antes era gris ahora es verde intenso, la fauna ha recuperado su sitio. Y decide sentarse con las piernas flotando en el vacío, en el filo de la nada, y acaba por convencerse de que la desaparición del ser humano es la única garantía para la supervivencia del planeta.

Mención de honor:

Título del trabajo: Ecología y clases medias (narrativa)

Autor: José Gustavo Vicent García (PAS)

ECOLOGÍA Y CLASES MEDIAS

Arturo Pavón

CIUDADES Y COMUNIDADES SOSTENIBLES

Serían las cinco de la tarde aproximadamente a mediados del mes de febrero, llovía a cántaros y hacía frío, bastante frío. Entré en aquel bar-cafetería de Argüelles para coger calor y tomar algo.

Había quedado con mi amiga Maribel para ver otra película más de Darín, “Argentina”, en el antiguo cine California, hoy Salas Berlanga. Por cierto, Darín, desde que no está con Campanella, flojea. Y todo, por pasta. Nada es como al principio cuando lo pasaban mal.

El histórico cine California era peculiar, ya que hacía cuesta arriba desde el patio de butacas a la pantalla y mantenía las películas en versión original durante bastante tiempo. Un día recuerdo que, en la cola de taquilla, conocí a Pedro Almodóvar, no sé si antes o después del Óscar del 2000 (Todo sobre mi madre), para ver una de esas películas raras “que tú detestas y me gustan a mí”.

Después de una remodelación, actualmente ha quedado en multisalas. A veces voy, porque es más barato por un convenio que tiene con el Ministerio. Ahora los patios de butacas están más planos y perpendiculares a las pantallas.

En esas circunstancias parece lógico lo que pedía el camarero al entrar.

- Por favor, un café con leche caliente.

Con cierta soberbia y altanería me contestó:

- Por la tarde no se sirve café.

- ¿Y eso por qué?

- No ponemos la cafetera. No resulta rentable ver pasar aquí la tarde entera a un cliente con un café, tecleando un ordenador, ni a tres viejas chochas charlando.

- Oiga, que voy al cine y estoy esperando a una amiga.

- ¿Qué tenemos que pedir? ¿un gin-tonic y un cubalibre para que le interese servirnos?

El tipo se mostraba cada vez más prepotente e intratable, hasta falto de respeto. En eso, llegó Maribel y le conté lo que pasaba. Encima, pidió un botellín de agua por el que le cobraron un potosí. Quedamos en que no volveremos a ir más, aunque Darín volviera con Campanella.

Estuvimos a punto de pedir la hoja de reclamaciones “no hay como el calor del amor en un bar”. Así que es posible que este relato se venga abajo. En torno a una taza de café caliente y a una persona hermosa siempre acuden las Musas. El

azucarillo las hace desperdigarse y bailar mientras la cucharita da vueltas y vueltas, así como las burbujas en

el cava. En fin, que las Musas ya no vienen con facilidad. Debe ser que están equivocadas en estos tiempos y se han ido de las cafeterías a las múltiples tiendas de fruta, a las peluquerías de los árabes y a las tiendas orientales. Pero eso es imposible.

Y yo me pregunto, ¿qué pasa? ¿Comemos tanta fruta de bajas prestaciones como para que haya tantas tiendas de fruta? ¿No se les estropea el género? ¿Por qué hay tantas peluquerías y tiendas de uñas de bajos costes y sugerentes y sutiles ofertas? ¿Por qué, si no hay dinero, la gente abarrota los restaurantes y pide crédito para viajar de vacaciones? ¡¡¡Esto tiene un límite!!!

Un relato normal habría desarrollado una presentación del asunto, un nudo o argumentación del mismo y un desenlace.

En este caso es preciso empezar al revés. Todos fueron felices y comieron perdices o colorín colorado, este cuento se ha acabado. Es muy fácil insertar la ideología dominante, la manipulación o decantarse en base a lo que cada uno piensa y, mientras lees, ver de qué pie cojea el escritor.

Partimos, como digo, de una paradoja. Es decir, desde el final y abarcamos toda la trayectoria. Es indudable la necesidad de cuidar nuestras ciudades, el medio natural por principio, por educación y convicción antes que por imposición. Hay cosas que hay que hacer porque se tienen que hacer, ni siquiera porque sean buenas o malas, sino porque se deben de hacer o no hacer. Dejar a un lado los valores y poner por delante los principios. ¿Cómo no voy a estar a favor de la justicia social, de la igualdad de los seres humanos y del cuidado del medio ambiente?

En este sentido, interesa más el concepto ciudadano que el concepto ciudad y la valoración de los comportamientos de este, aparentemente distorsionados, al acceder a una sociedad de amplio consumo.

El concepto SOSTENIBLE también está en duda. Todo debe ser sostenible. No sé la ley física que dice que lo que no lo es tiende a caer. Hablamos de ciudades o comunidades más o menos habitables a las que ha llegado lo que se entiende como civilización, más o menos respetuosas con el medio ambiente y más o menos adaptadas a personas discapacitadas. Sostenible, además, suele tener tinte apocalíptico, dando idea de ciudades no perdurables en el tiempo.

Todo es SOSTENIBLE, hay una distorsión entre lo sostenible y lo absoluto. Hay que tratar de hacer todo perdurable en el tiempo, con su cuidado, su alimento, y hasta su mimo. Pero también hay cosas que llegan a su fin, como la vida humana, y dejan de ser sostenibles. Tratemos de cuidar el cuerpo, hacer ejercicio físico, controlar el colesterol y la tensión, pero no obsesionarse con la salud. Eso va a generar otra serie de problemas, sobre todo psicológicos.

Y ya sabemos que hay fenómenos muy violentos de la naturaleza. Sequías, inundaciones, incendios, en los que puede hacer más el ser humano y el político actuar con especial interés. Y también hay muchos errores y lecturas de datos que inducen a interpretación según favorezcan o no a su emisor.

Qué buena está una “Bayonesa y un café”. Y, por cierto, qué agradable charlar sobre nada con un amigo o de la originalidad de los guiones e interpretación del cine argentino en torno a una taza, apagando el teléfono, esperando que las Musas generen y pongan la inspiración para aprobar las asignaturas pendientes de la vida. Después de las grandes guerras mundiales del pasado siglo, es indudable la incorporación de poblaciones rurales al ámbito ciudadano. Se fueron mejorando las condiciones de vida y alfabetización en el mundo occidental y surgieron las clases medias. Este es el punto central de la sostenibilidad. La evolución de las clases medias y su posterior distorsión y manipulación.

En principio y sin grandes análisis urbanísticos a futuro, la ciudad absorbe gran parte de la población rural y genera un desarrollo industrial indudable, con una población saliente de las guerras en expansión y en pleno desarrollo demográfico, dadas grandes mejoras en calidad de vida, con vehículos básicos y viviendas sin una necesidad de lujo especial. Fuentes de energía que, con el desarrollo, empiezan a ponerse en duda por los efectos contaminantes y por la posibilidad de quedar agotadas.

¿Es el precio del progreso?

Conforme el siglo XX transcurre, el problema se agrava. Las ideologías políticas se desvanecen. El Marxismo y el Comunismo caen con el Muro de Berlín y se transforman en organizaciones de orden social y las políticas neoliberales hacen agua por todas partes. “Haced lo que yo diga y no lo que yo haga”, generándose precariedad severa hacia esas Clases Medias que son las más numerosas, las que más consumen proporcionalmente a su número, con tendencia a la extinción, pero son las que votan.

¿Es sostenible la Clase Media? ¿Y lo que se llama Estado de Bienestar?

Todo esto unido a ideologías extremas de identidad territorial o religiosa, como los nacionalismos, y a una tendencia al relativismo moral, a decir cómo debe ser el Estado de Bienestar, al descontrol demográfico, al movimiento constante y lícito de poblaciones en busca de mejoras y al control de los medios energéticos. Todo ello, después de cuarenta o cincuenta y hasta sesenta años, provoca, en una reducción al absurdo, que el camarero no me haya servido el café. Se dictaron leyes y normas y yo puse las mías. La felicidad no llega ya por lo disuasorio sino por lo coactivo.

Bueno, las Musas van llegando, debe ser al hablar tanto del café, y vienen para recordar: • Cuando íbamos al colegio los últimos cinco minutos, se llamaban los de recoger. La señorita Victoria miraba el reloj y decía:

- “Recoged”.

Eso no significaba irse. El pupitre debía quedar inmaculado y en su posición natural, los cuadernos y los libros recogidos, el encerado borrado y salir de forma ordenada, igual que al entrar. No digo a estas alturas que, en fila, pero tampoco como por el portón de la Casa de la Misericordia, en la Plaza de Pamplona el 7 de Julio.

• La luz llegaba a 125 voltios a las viviendas y los cortes eran frecuentes. • El agua no llegaba con suficiente presión a los pisos altos. A partir de los cuartos y los

quintos, se bajaba a por ella a un pozo bajo. • Alimentos como el azúcar se compraban a granel y el dependiente lo extraía de un saco. Igual las galletas, se hacía un paquete de papel estraza y se pesaba. Lo mismo el jabón que ahora recomiendan médicos para determinados problemas dermatológicos y se compraba cortado a trozos. • Se usaba el vidrio. Se devolvían los “cascos”, envases que eran reutilizables. • Las calles se baldeaban con minuciosidad por la noche. Se ven en ciertas ciudades un camión que, de forma robótica y manejado por un conductor, realiza todas las funciones, incluso las de recogida de residuos.

Y es que no se puede soplar y sorber. Es el shock del futuro que adelantaba Alvin Toffler en 1970. Más bien es el paso del tiempo. El hombre tiende a subsistir aun a pesar de eliminar a los de su especie, diciéndoles muy a menudo que es por su bien. Siempre ha existido escasez y abundancia, rogativas e inundaciones en sucesión de forma que no se preveía o que no se quería ver.

Lo mismo sucede con el cambio analógico al digital y la brecha en la sostenibilidad de las personas mayores, el edadismo. Procedimientos aparentemente simples se hacen especialmente complicados a personas que, aunque solo sea por prudencia, tienen miedo a los ordenadores y a sus consecuencias, y a los que por lo menos merecen un respeto. ¿Entenderíamos por ello personas no sostenibles? ¿O que se tambalean al no manejar de forma fluida el medio por mera prudencia?

Resulta muy agradable el olor de una librería. Recuerdo aquellos domingos en la Cuesta de Moyano y los laberintos para llegar a una publicación específica en la Casa del Libro y luego ir al Retiro para devorarlo. Ahora parece imprescindible vivir del comercio instantáneo. Ciertamente es que hay que limitar el tráfico, controlar las basuras, limpiar los cauces de los ríos, plantar en lugar de destrozar, construir con cuidado, fomentar el transporte público...

Pero, lamentablemente, esto no es un “Happy Flower”, ni por ello perder el respeto de las cosas o de las personas. Periódicamente, instalamos paneles para indicar ideas sostenibles: • Utiliza ropa de segunda mano en buen estado. • Vehículos en grupo. • Control del agua. • Control de la temperatura.

En fin, un montón. Pero puedo asegurar que en los lineales del supermercado a todos nos gusta elegir nuestra marca entre un montón de ellas correctamente envasadas. Que cuando estamos en una habitación, aula o biblioteca pedimos más o menos calefacción, pudiendo ser de utilidad para conseguir una mejor temperatura ambiental y corporal usar o no usar, por ejemplo, un jersey.

Que nos cansaríamos de devolver los envases en lugar de tirarlos como se hace ahora (terminarán poniendo un precio a la devolución). Que nos gusta más nuestra marca favorita de ropa que una de “línea blanca” sin pensar qué condiciones laborales y el consumo energético que conlleva. Que a primera hora de la mañana se va más a gusto en coche que en metro o cercanías, con tu música y tu calefacción. Que las cumbres climáticas gastan mucha energía innecesaria. En fin, que no sé a qué lleva todo esto. El último año ha crecido el 48% la venta de comida precocinada y ha disminuido el 40% los establecimientos tradicionales de pescadería. También disminuye el consumo de proteínas de alta calidad y en los lineales se observa cada vez predominio de carnes y pescados

más baratos, así como ultracongelados, se les da más espacio. Es un sálvese quien pueda. La sociedad, como vemos en nuestro día a día, tiende cada vez más a la jerarquización y a la falta de comunicación, por contradictorio que parezca, con tantos medios para comunicarse. Y, lo que es peor, la comunicación no es falsa ni mentira, sino que está manipulada en función del interés del emisor y el dominio del propietario del medio por el que se transmite. Y que hay colaboradores necesarios, los “Fernandos Galindos” de turno del gran José Luis López Vázquez. Y pierden criterio, capacidad de análisis y sentido común, las Clases Medias, así sufren las consecuencias. Tienden a vivir peor o ahogadas en las deudas y a cuidar del envoltorio más que del interior. De alguna manera EL REY ESTÁ DESNUDO. Ir a escuchar cantar a Krahe al Clamores o a los conciertos de jazz de la Canal Street Band o a la sala Galileo, hoy no tendría precio para mí. Ni al Whisky Jazz Club o al Avión a comer pipas. Cierto que se tiraban al suelo. Aquí había que entrar a través de una cortina pesadísima de terciopelo rojo grueso. Un pianista con chaqueta de cristales dejaba el sudor sobre el teclado, como en el Centro Cubano.

El otro día en el 2 vi a Urrutia*, de los Gabinete*, y las Musas vinieron solas sin café. Iba a lo suyo, sentado y algo mayor. Como sin querer, empecé a tararear “Al calor del amor en un bar” hasta Cibeles y desde allí hasta O'Donnell “Maribel”, que hoy sería políticamente incorrecta pero que siempre quedará como homenaje a esa chica de Zarzalejos.

“Dios, cómo me gusta Maribel” “Tan sencilla y entradita en carnes” Urrutia se bajó frente a San Manuel y San Benito y tiró por Lagasca. CAMINO A SORIA. “Bares, qué lugares para conversar” “No hay como el amor en un bar”

No sé si la ciudad gana en sostenibilidad, pero indudablemente pierde en esencia. La Gran Vía se ha convertido en un espacio turístico lleno de franquicias, adiós Manila, Zahara, Nebraska, con turistas como locos en busca de ropa o tapas y gastronomía, todo adulterado menos en el precio, corriendo sin parar entre museos y musicales por packs. Basarlo todo en los hoteles y el sector servicios no puede ser bueno. La Castellana de “manifestódromo” y de gente que le da por correr por ahí, con la de sitios que hay, imposible de cruzar. Se puede escribir o protestar de otra manera y dejar las calles más limpias y no pisar las flores ni tirar las botellas por el suelo. Semáforos con foto en los que no es difícil colisionar en la frenada, graffitis por doquier, calles pintadas de colores, coches con letras medioambientales, eléctricos, híbridos, zona central, en fin, un galimatías.

Y bueno, no sé más qué decir, cuanto menos que te incineren a que te entierren que es más higiénico. Resulta que tampoco se pueden echar flores dentro de la tumba porque generan efectos contaminantes. En fin, que ¡tonto el último! Esta semana en el California ponen La ciudad no es para mí y finalizo con la presentación.

Abril 2025, cuaderno de bitácora. Ecología y Clases Medias. “Dios dirá...”

Arturo Pavón

*Jaime Urrutia: Gabinete Caligari Grupo de Rock de los 80